



El Cordero de Dios

Consideración teológica sobre el Misterio Pascual de Jesucristo

Juan Pablo Ledesma, L.C.

¿Qué es lo más cristiano en el cristianismo? Para contestar a esta pregunta tan importante y capital, el teólogo Hans Urs von Balthasar escribió un libro. El mismo título es la respuesta: *Sólo el amor es digno de fe*.¹

Dios se ha acercado a nosotros. Ha tomado la iniciativa y prosigue su camino hasta encontrarnos. Se hace uno de nosotros. Aproxima la cruz al mundo y despierta el amor, porque el amor todo lo cree, todo lo espera (1 *Cor* 13,7). Dios nos toma en serio.

Si sólo el amor es creíble, podemos deducir que sólo Dios es fiable. En el misterio pascual nos adentraremos en las grandes profundidades de Dios y descubriremos un amor total y anterior al nuestro. “El Hijo de Dios me amó y se entregó a sí mismo por mí” (*Ga* 2, 20). Nos ha amado a todos con anterioridad y sin motivo alguno.

El misterio pascual nos descubre también otra faceta de nosotros mismos. Quisiéramos resucitar y gozar de la gloria antes de morir, sin cruzar la orilla de la muerte. Pero el amor redentor de Cristo pasa por esta puerta. Jesucristo quiere morir para resucitar y poder, después, resucitarnos a nosotros. La Pascua nos revela la resurrección y nos abre

¹ Hans Urs von Balthasar, *Sólo el amor es digno de fe*, Sígueme, Salamanca, 1999.

una espiral de esperanza y de gozo. Vivimos con la certeza de que lo último no es la muerte, sino la vida.

De esta forma, el destino de cada hombre y mujer no es sólo la inmortalidad del alma, pese a todos los razonamientos filosóficos. Si únicamente nos aguardase la inmortalidad, ¿qué quedaría de la unidad de la persona? ¿Dónde pararía nuestro cuerpo, separado para siempre de nuestra alma? ¿Y el “yo” personal, único e intransferible? Sólo Jesucristo nos ofrece la esperanza verdadera, más allá de las fronteras temporales.

El misterio pascual de Cristo es mucho más que un morir y renacer como el ave fénix.² En él también nosotros ya hemos resucitado y resucitaremos. En Cristo glorioso, muerto y resucitado, hallamos también la respuesta satisfactoria a nuestros más íntimos deseos de dicha. Nuestra eterna felicidad es Cristo y consistirá en la “visión amorosa del amor.”³

El Cordero Pascual

Jesucristo, en su humanidad, nació y vivió según las tradiciones judías de su tiempo. En la Última Cena sigue los ritmos propios de la celebración familiar tradicional, añadiendo gestos y palabras nuevas.

Para comprender y ahondar en el sentido profundo del misterio pascual, ofrecemos ahora una breve ilustración de los sacrificios en Israel y del origen y celebración de la pascua hebrea.

Los israelitas solían ofrecer tres tipos de sacrificios cruentos: el holocausto, el sacrificio de comunión y los sacrificios expiatorios. Inmolaban reses de ganado bovino (terneros y bueyes), de ganado lanar (ovejas y cabras) y aves (palomas especialmente).

En el sacrificio de comunión, el oferente imponía las manos sobre la víctima, para reconocer que el animal le pertenecía y que lo ofrecía a la divinidad. Luego se inmolaba la víctima y se repartía entre Dios (esta parte se quemaba), el sacerdote y los oferentes (que comían

² San Clemente romano en su *carta a los Corintios* XXV, 2, menciona al ave fénix en su breve exposición sobre la resurrección. Dice así: “Hay un ave llamada fénix. Es la única de su especie y vive quinientos años. Cuando está por morir, se construye un nido con incienso, mirra y otros aromas. Llegada la hora entra allí y muere. De su carne en putrefacción nace un gusano que, al nutrirse de los jugos del animal muerto, le nacen alas. Cuando se ha fortalecido lo suficiente, recoge el nido donde están los huesos de su progenitor y se lo lleva de Arabia a Egipto, a la ciudad de Heliópolis. De día y bajo la mirada de todos, vuela sobre el altar del sol, donde depone los huesos y luego vuelve atrás.”

³ Hans Urs von Balthasar, *Sólo el amor es digno de fe*, Sígueme, Salamanca, 1999, p. 136.

lo que les correspondía). El sacerdote, después, aplicaba la sangre a los objetos sagrados del culto: el propiciatorio, el velo del santo de los santos, el altar del incienso o el altar de los holocaustos. De esta forma restituía la comunión perdida y quedaban libres de pecado.

En el holocausto, la víctima se quemaba completamente. No se reservaba nada, ni para el oferente ni para los sacerdotes. El humo de la víctima consumida ascendía hasta Dios y así lo aplacaba.⁴

Sin lugar a dudas, la pascua aparece como la celebración más solemne e importante del calendario, también en tiempos de Jesús. La Pascua sella el amor entre Dios y el hombre, porque renueva la alianza contraída.

En la antigüedad, la pascua consistía en una fiesta de pueblos pastoriles y nómadas. Se celebraba en primavera, la noche del día 14 del mes nisan, el mes de las espigas (correspondería a nuestro abril). Y se comía de prisa, por hallarse en plena trashumancia. Entonces se sacrificaba uno de los animales más jóvenes del rebaño, probablemente un cordero, para suplicar la fecundidad del ganado, ayuda y protección. Como parte del rito y para alejar posibles poderes maléficos, se rociaban los palos de las tiendas con la sangre de la víctima inmolada.

Siglos más tarde y a partir del éxodo de Egipto, esta fiesta se transformará en la celebración del paso del Señor, signo por antonomasia de la liberación de la esclavitud. En Egipto Dios había prometido la libertad. Los egipcios se oponían. Y el Señor envió las plagas. En la última, el ángel exterminador cobró la vida de todos los primogénitos. Terrible azote, del que los israelitas se libraron, rociando las jambas de las puertas de sus casas con la sangre del cordero inmolado, que cada familia ha comido. Israel todavía hoy conmemora la pascua de su liberación (cf *Ex* 12,1-14).

Si nos preguntamos: ¿qué significaba este rito? El Antiguo Testamento nos ofrece dos respuestas complementarias entre sí. En primer lugar, la fiesta recuerda el paso salvífico de Dios (*Ex* 12, 26-27). Por lo tanto, Dios es el protagonista. El acento recae sobre Dios. Por eso es Pascua: porque Dios pasa. Esta explicación confiere un acento teológico o teocéntrico a la Pascua. En el mismo libro del Éxodo y en el Deuteronomio la atención se dirige más bien al paso de la esclavi-

⁴ Sin ser un holocausto, conviene mencionar el rito del chivo expiatorio en el *Yom Kippur* (día de la expiación). Imponiéndole la mano, lo cargaban con los pecados del pueblo y luego lo enviaban a Azazel, en el desierto (*Lv* 16,20-22), para significar la eliminación del pecado del pueblo.

tud a la libertad. (Cf Ex. 13-15; Dt 16) Aquí el sujeto o protagonista es el hombre que pasa y es salvado. Esta interpretación más antropocéntrica complementa la anterior.

En el tiempo de Jesús, perdura en el judaísmo tradicional de Palestina la interpretación de la Pascua centrada en el paso de Dios. Por ello la fiesta de Pascua conserva y cuida el ritualismo del sacrificio: la inmolación del cordero el 14 de Nissan y su consumación en torno al ambiente familiar la noche sucesiva. En la diáspora, influenciada por el helenismo filosófico y cultural, la Pascua se celebra con un sentido ético de purificación, de paso del vicio a la virtud. Para Filón de Alejandría, el cordero sacrificado no es ya el animal, sino el propio progreso y purificación espiritual.⁵ El mismo Filón, apoyándose en la etimología, afirma que la palabra griega para cordero (*probaton*) proviene del verbo: progresar, avanzar (*pro-baino*).

Al ritual de la fiesta, se había añadido también la tradición cananea de comer los panes ácidos, que indicaba el comienzo de las nuevas cosechas del año. El ritual prescribía comer el pan de la primera harina, sin mezcla alguna de fermento antiguo. Precisamente en la misma fecha de la pascua, en el plenilunio de primavera que coincidía con el comienzo de la siega, caía también la fiesta de los ácidos. Aunque inicialmente estos dos ritos se hallaban separados, desde la salida de Egipto se unen: el cordero inmolado y los panes ácidos constituirán la comida pascual. Será también Israel quien ampliará a una semana, del 15 al 21 del mes de nisan, la duración de la fiesta.

La pascua hay que celebrarla el primer mes del año. En el antiguo calendario correspondía al mes de las espigas (*Abid*). Después del destierro y según el calendario babilonio, en el mes de *Nisán* (*Ex 12,2*). En los preparativos, el día 10 se reservaba un cordero para toda la familia. Animal sin defecto, macho, nacido aquel año (*Ex 12,5*). El día 14, por la tarde, se inmolaba. La prescripción de la Ley indicaba el modo de comerlo: “Lo comeréis así: ceñidos los lomos, calzados los pies, báculo en mano. Lo comeréis deprisa” (*Ex 12,11*).

Con la llegada a la tierra prometida, la fiesta adquiere mayor relevancia, asumiendo actitudes de purificación y de renovación. Poco a poco se orienta hacia Jerusalén, epicentro del culto. La palabra hebrea *pesah*, con el significado de “danzar, saltar” (*IR 18,26*), es reinterpretada en clave religiosa, como paso. El Señor pasa, salva.

⁵ Filón de Alejandría, *Spec. Leg.*, II 147 e *De Congres.*, 106. Citado por Raniero Cantalamessa, *Che significa questo rito, en Cristo, nostra salvezza*, LUP, 2011, p. 10.

La construcción del Templo marca la centralidad de la Ciudad santa. Desde ese momento, sólo en Jerusalén se inmolarán los corderos para el sacrificio de la pascua, que tiene lugar entre las dos tardes; es decir, en la tarde del 14 nisan. De modo exclusivo, sólo los pertenecientes al pueblo de Israel podrían participar en la pascua, memorial de la liberación de Egipto y del paso del ángel exterminador. Dios actuó y salvó de la esclavitud a Israel.

Ya hemos señalado que en tiempos de Cristo, la Pascua constituía la fiesta principal del año. Las innovaciones rituales no fueron muchas respecto al antiguo ritual, vigente hasta la definitiva destrucción del templo de Jerusalén en el año 70 d.C., que puso fin a la inmólación del cordero.

Entre otros cambios, se habían abandonado algunas prescripciones propias de la Pascua histórica, como apartar el cordero el día 10 del mes y la misma postura de los comensales, que ahora se sientan a la mesa reclinados, para expresar la conciencia de su libertad.

La repetición anual de la pascua, despierta en los israelitas el recuerdo y la gratitud por tan grandes beneficios del pasado. Agradecen a Dios el don de la creación, la liberación de Egipto y la Ciudad santa con su templo. Pero la celebración se abre también al futuro y alimenta las esperanzas de Israel. Quien come la pascua espera que Dios, así como ha intervenido en el pasado, en el futuro siga actuando y liberando a Israel de todos sus enemigos.

En la pascua, el cordero inmolado no puede faltar: “En el centro de la cena pascual, ordenada según determinadas normas litúrgicas, estaba el cordero como símbolo de la liberación de la esclavitud en Egipto. Por este motivo, el *haggadah* pascual era parte integrante de la comida a base de cordero: el recuerdo narrativo de que había sido Dios mismo quien había liberado a Israel "con la mano alzada". Él, el Dios misterioso y escondido, había sido más fuerte que el faraón, con todo el poder de que disponía. Israel no debía olvidar que Dios había tomado personalmente en sus manos la historia de su pueblo y que esta historia se basaba continuamente en la comunión con Dios. Israel no debía olvidarse de Dios.”⁶

Precisamente cada 14 de Nisán, desde el amanecer hasta el crepúsculo (como prescribía Ex 12,6 “entre las dos noches”), o también antes, tenía lugar en el templo la matanza de los corderos. Cada israelita mataba la propia víctima, mientras los sacerdotes, dispuestos en

⁶ Benedicto XVI, Jueves santo, 5 de abril de 2007.

fila, recogían parte de la sangre en vasijas de oro y la pasaban de mano en mano hasta el último de la fila, encargado de de esparcirla a los pies del altar. De ese modo, la aspersión del altar había sustituido al antiguo rito de rociar las puertas con la sangre del cordero.

Una vez en familia, se preparaba el cordero en un asador de madera de granado, cuidando minuciosamente para no romperle ningún hueso. Además del cordero (del que cada uno debía probar una porción del tamaño, al menos de una aceituna) eran las hierbas amargas, el pan ázimo y una salsa hecha de higos, dátiles, uvas pasas, etc., en un plato común en el que cada uno mojaba el propio bocado.

La cena ritual se desarrollaba en cuatro momentos. Cuatro copas de vino marcaban los ritmos. Entre la primera y la segunda copa se desarrollaba lo que podríamos definir como la “liturgia de la palabra” de la cena pascual.

Reunida la familia alrededor de la mesa, el hijo más joven preguntaba: “¿Por qué esta noche es diferente a las demás noches?”⁷ Nosotros -responde el padre de familia- fuimos esclavos del Faraón en Egipto y de allí nos hizo salir el Señor Dios nuestro con mano fuerte y brazo extendido. Dice: “Nosotros” y no: “nuestros padres”. Esta idea – señala acertadamente Raniero Cantalamessa- fue codificada en la liturgia pascual con la célebre sentencia de Gamaliel, el maestro de san Pablo, si se trata de Gamaliel I, o un rabino un poco posterior (90 d.C.), si se trata de Gamaliel II: “En cada generación cada uno tiene que considerarse como si él mismo hubiera salido de Egipto, porque el Santo, bendito sea Él, no sólo liberó a nuestros padres, sino que también nos liberó a nosotros con ellos”.⁸

De esta forma, cada judío esta noche es compañero de Moisés y del pueblo que salió de Egipto. Esta realidad es posible, porque la liturgia actualiza en el hoy los acontecimientos del pasado. O dicho de otra manera, hace contemporáneos del pasado a los hombres del hoy.

El padre de familia continuaba evocando y explicando con detenimiento cada uno de los detalles del rito. La acción de gracias y la bendición de Dios alcanzarán su momento culminante en la *berakha*, (bendición o acción de gracias). Bendecir⁹ a Dios llena de bendiciones a quienes bendicen.

⁷ Pesachim, X, 4. La pregunta es una adaptación de Ex 12, 26: ¿Qué significa este rito?

⁸ Cf. Raniero Cantalamessa, *La Pascua de nuestra salvación*, San Pablo, Bogotá 2007, pp. 45-47.

⁹ “Gamaliel cierra su exhortación pascual con una invitación tan bella, que Melitón de Sardes no dudó en hacerla propia al pie de la letra y en insertarla en el culto pascual cristiano:

Luego explica cada uno de los alimentos. El pan ácimo, sin levadura, porque los israelitas, en su huida, no tuvieron tiempo de cocer pan fermentado (cf *Dt* 16,3). Las lechugas amargas, para recordar la amargura que sufrieron en tierras de Egipto (cf *Dt* 26,6-8).

A continuación, el padre alaba y da gracias a Dios por la liberación y pide también la salvación para el futuro. Después, se entona la primera parte del *Hallel* (los Salmos 112-113,8), y se bebe la segunda copa. Se lavan las manos.

Entonces el padre toma el pan y bendice a Dios, diciendo: “Bendito seas tú, Yahvé, nuestro Dios, rey del mundo, que haces producir el pan a la tierra.” Lo rompe en pedazos y lo reparte entre los comensales, que lo consumen con las lechugas amargas y el *haroset* (una salsa amarga).

Posteriormente se come el cordero, momento central de la celebración. La comida no debía durar más allá de la medianoche.

Finalmente el padre pronuncia otra acción de gracias y distribuye la tercera copa o seder, denominada la copa de la bendición. La cena pascual concluye con el canto de la segunda parte del *Hallel* (los Salmos 113,8-117).

Al celebrar la pascua, todos los comensales tienen conciencia de que la liberación de Egipto continúa todavía hoy y se hace presente. Este es el significado profundo y actual de la palabra *zikkaron*: memorial. Para los judíos la pascua es mucho más que una comida o un simple recuerdo del pasado. El memorial de la pascua actualiza, aquí y ahora, por medio de la comida y del rito celebrado la salvación de Dios. Confían en que Dios seguirá salvándolos.

La vigilia pascual de los judíos, tras la destrucción del templo, se cerraba con un grito ardiente de esperanza: “¡El próximo año en Jeru-

“Por ello debemos alabar, celebrar, exaltar, glorificar, magnificar, bendecir, ensalzar, proclamar la victoria de Aquel que, por nuestros padres y por nosotros, hizo tantos y tales prodigios.

Él nos ha conducido
De la esclavitud a la libertad,
De la tristeza a la alegría,
Del luto a la fiesta,
De las tinieblas a la luz,
De la servidumbre a la redención”.

(Pesachim X, 5; cf Melitón, *Peri Pascha*, 68). Referido por Raniero Cantalamessa, *La Pascua de nuestra salvación*, San Pablo, Bogotá 2007, p. 47.

salén!”), y también “Él reconstruirá en breve su casa, pronto, pronto, en nuestros días”.¹⁰

La Nueva Pascua de Cristo

“Ardientemente he deseado comer esta pascua con vosotros antes de padecer” (*Lc 22, 15*). Jesucristo celebró también la pascua en repetidas ocasiones, según la tradicional costumbre judía, pero innovando gestos y palabras nuevas.

Al tomar el pan, además de bendecirlo, brotaron de sus labios expresiones novedosas que sorprendieron a sus íntimos comensales: “Este es mi cuerpo que se entrega por vosotros.” De la misma manera, tomó la tercera copa que marcaba el ritual judío y pronunció sobre ella: “Este cáliz es la nueva alianza de mi sangre.” Y, en ambos casos, Jesucristo, conscientemente, añadió: “Haced esto en memoria mía.” La novedad de la entrega de su cuerpo y de su sangre.

Juan ve en la muerte de Cristo sobre la cruz el momento más denso de significado y de simbolismo, muerte que coincidía, sustituyéndola para siempre, con la inmolación de los corderos en el templo en la tarde del 14 de Nisán.¹¹ Así lo entendieron los discípulos de Juan y lo expresaron en una de las primerísimas catequesis pascuales: en el año de su muerte, Jesús no comió la Pascua, sino que la sufrió.

Cerca de mil ochocientos años antes, sobre el monte Moria, Abraham sacrificó un carnero en sustitución de su hijo Isaac (*Gn 22, 2.12*). Ahora, el Padre Eterno no escatima el sacrificio de su propio Hijo y consume el amor “hasta el extremo” (*Jn 13, 1*), hasta el límite de la cruz y de la resurrección, en la eucaristía, misterio pascual. Nos hallamos ante la experiencia de un Dios que habla. La experiencia de la pasión, que culmina con el sacrificio de Isaac, con el sacrificio del cordero, prefiguración del Cordero definitivo sacrificado en el monte Calvario.¹²

Es verdad que XII siglos atrás Moisés había derramado la sangre de unos toros para sellar la antigua alianza: “Esta es la sangre de la alianza que Yahvé ha hecho con vosotros” (*Ex 24,8*). Jesucristo, ahora,

¹⁰ Haggada pasquale, (Bonfil, p 173). Cf. Raniero Cantalamessa, *La Pascua de nuestra salvación*, San Pablo, Bogotá 2007, p. 235.

¹¹ Cf. Raniero Cantalamessa, *La Pascua de nuestra salvación*, San Pablo, Bogotá 2007, pp. 83-84.

¹² Cf. Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, La esfera de los libros, Madrid 2007, p. 361.

dice y realiza algo distinto, nuevo, sobre la copa de la bendición: “Este es el cáliz de la nueva alianza en mi sangre” (1Cor 11,25).

También lo había profetizado Malaquías, uno de los últimos profetas del Antiguo Testamento, IV siglos antes. Ahora, con la sangre de Cristo se cumple el sacrificio puro, el sacrificio perfecto de la era mesiánica (cf *Mal* 1,10 ss). Y este sacrificio se ofrecerá a Yahvé en todo lugar. Es el nuevo rito, el sacrificio del hijo de Dios hecho hombre. Jesucristo, el verdadero cordero pascual, derramará su sangre en la cruz, como sacrificio de expiación.

Las profecías, las imágenes y figuras del Antiguo Testamento alcanzan ahora su cumplimiento. Aquella larga y gradual preparación a lo largo de los siglos culmina. Es la Nueva pascua. La pascua del Cordero. Además la misma fecha de la muerte de Cristo sugiere también el sentido sacrificial, dada la estrecha conexión con la inmolación del cordero pascual (*Mt* 28,2; *Jn* 18,28; *Jn* 19,4).

A propósito de la fecha exacta de la pascua y de la inmolación del Cordero, el Papa Benedicto XVI puntualiza:

“Jesús derramó realmente su sangre en la víspera de la Pascua, a la hora de la inmolación de los corderos. Sin embargo, celebró la Pascua con sus discípulos probablemente según el calendario de Qumram, es decir, al menos un día antes: la celebró sin cordero, como la comunidad de Qumram, que no reconocía el templo de Herodes y estaba a la espera del nuevo templo. Por consiguiente, Jesús celebró la Pascua sin cordero; no, no sin cordero: en lugar del cordero se entregó a sí mismo, entregó su cuerpo y su sangre. Así anticipó su muerte como había anunciado: "Nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente" (*Jn* 10, 18). En el momento en que entregaba a sus discípulos su cuerpo y su sangre, cumplía realmente esa afirmación. Él mismo entregó su vida. Sólo de este modo la antigua Pascua alcanzaba su verdadero sentido.”¹³

Sabemos también que aquellas palabras y aquellos gestos de Cristo no fueron algo simbólico; ni una parábola maravillosa y desconcertante. Así lo quiso Él y así lo entendieron y celebraron después todos sus discípulos y seguidores. Palabras y gestos transformados en acciones litúrgicas, porque no sólo simbolizan, sino que realizan lo que deja entrever el Misterio.

El mandato de Jesucristo: “Haced esto en memoria mía”, constituye un memorial. Como hemos señalado, el *zikkaron* o memorial jud-

¹³ Benedicto XVI, Jueves santo, 5 de abril de 2007.

ío no se limitaba a evocar los hechos salvíficos de Dios. Los actualiza en el momento presente. La pascua judía era memorial, porque recordaba el pasado y agradecía a Dios por su liberación, proyectándola en deseo también hacia el futuro. Este memorial cobra en el Nuevo Testamento un sentido nuevo. Con Cristo nuestra pascua es real y eficaz en el hoy de nuestras vidas, porque actualiza la salvación de Dios. En cada Eucaristía y en cada celebración anual del Triduo Pascual actualizamos el misterio de la pasión, muerte y resurrección de Cristo.

Jesús aparentemente celebró la pascua sin cordero y sin templo. Y, sin embargo, no faltó ninguno de ellos, porque Él mismo era el Cordero y el Templo, en donde Dios habita y podemos encontrarlo y adorarlo. San Pablo así lo entendió y contempló a Jesucristo como el verdadero y esperado cordero pascual (*1 Co 5,7*). “Cristo, nuestro cordero pascual, ya ha sido inmolado” (*1 Cor 5,7*). En el Apocalipsis también se presta una especial atención al “cordero” (*arnion*), que salva a los 144.000 –cifra simbólica- elegidos en el monte Sión.

Jesucristo es para la Iglesia el “Cordero inocente, que con la entrega libérrima de su sangre nos mereció la vida. En Él Dios nos reconcilió consigo y entre nosotros y nos liberó de la esclavitud del diablo y del pecado, por lo que cualquiera de nosotros puede decir con el Apóstol: El Hijo de Dios me amó y se entregó a sí mismo por mí (*Gal 2,20*). Padeciendo por nosotros, nos dio ejemplo para seguir sus pasos y, además abrió el camino, con cuyo seguimiento la vida y la muerte se santifican y adquieren nuevo sentido.”¹⁴

Así que en el corazón de esta Nueva pascua aparecen la cruz y el sepulcro vacío. Los primeros cristianos sabían desde el inicio que el sacrificio eucarístico culminaba todos los sacrificios anteriores; que la celebración de la *fractio panis*¹⁵ era el sacrificio perfecto y universal de la era mesiánica. Desde esa óptica ordenaron su vida.

Veían, creían y celebraban la Eucaristía como la oración perfecta y más agradable a Dios. No sólo era el fármaco y la medicina de la

¹⁴ Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 22.

¹⁵ Término con el que los primeros cristianos designaban la Eucaristía. Literalmente significa: “Fracción del pan” (cf *Mt 14,19; 15,36; Mc 8,6.19*). Jesucristo realiza este gesto en la última Cena (cf *Mt 26,26; 1 Co 11,24*). Con este gesto también los discípulos lo reconocerán después de su resurrección (*Lc 24,13-35*), y con esta expresión los primeros cristianos designaron sus asambleas eucarísticas (cf *Hch 2,42.46; 20,7.11*). Con él se quiere significar que todos los que comen de este único pan, partido, que es Cristo, entran en comunión con él y forman un solo cuerpo en él (cf *1 Co 10,16-17*). En la comunidad primitiva de Jerusalén, los discípulos “acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones” (*Hch 2,42*).

inmortalidad, el alimento para la vida eterna, sino también rito, sacrificio, acción litúrgica, comunión eclesial, sacramento. Hacia la Eucaristía orientaban su vida y su martirio, perfecta imitación de su pasión. Por ello, el Vaticano II afirma que la Eucaristía es “la fuente y cima de toda la vida cristiana”.¹⁶

Sólo a partir del siglo IV la Pascua llega a significar, pura y simplemente, “domingo de resurrección.” En las disputas antiarrianas la crucifixión y la muerte fueron comprendidas como un momento necesario, pero preliminar y transitorio, del paso a la gloria.

Victoria definitiva. Pascua, muerte y resurrección de Cristo. La Pascua cristiana es un tránsito a través de la Pasión: “Por medio de la Pasión, el Señor pasó de la muerte a la vida.”¹⁷ Pasión y resurrección, sintetiza San Agustín. Pascua de Dios y pascua del hombre que en Cristo encuentran su eje. Los dos protagonistas de la Pascua, Dios y el hombre, se hallan definitivamente unidos. El autor y el destinatario de la salvación se abrazan, porque en Cristo, Dios y hombre, conforman una única persona.

De la sangre de los mártires nacerán nuevos hijos para la Iglesia, “la Esposa del Cordero” (*Ap* 21, 9). Y así, en el decurso de los siglos, la Iglesia seguirá edificándose sobre el cimiento de “los doce apóstoles del Cordero” (*Ap* 21, 14). Porque cada vez que celebramos la Eucaristía nos unimos a la liturgia celestial y nos asociamos a la multitud inmensa que grita: “La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero” (*Ap* 7, 10).¹⁸ En cada sacrificio eucarístico anticipamos el banquete de bodas del Cordero (cf *Ap* 19,9).

La inmolación del Cordero

Juan es el gran teólogo de la Pascua. Como ninguno, ha sabido excavar en profundidad, sirviéndose del simbolismo pascual por excelencia: el del cordero.

Esto le ha permitido unificar en torno al cordero inmolado sobre la cruz, las líneas principales y las vetas más ocultas que atraviesan la Biblia de una parte a otra: desde el cordero en torno al cual se habían reunido por familias las tribus de Israel en la noche del Éxodo, hasta el Cordero glorioso del Apocalipsis. En torno a este Cordero inmolado, se van a reunir de nuevo, después del Éxodo definitivo, las Doce tri-

¹⁶ *Lumen Gentium*, 11.

¹⁷ San Agustín, *Enarrationes in Ps.*, 120, 6: CCL 40, p. 1791.

¹⁸ Cf. Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, 19

bus de Israel y la multitud inmensa de toda raza, pueblo y lengua (Ap 7).¹⁹

La antigua catequesis pascual de la Iglesia entendió y propuso la Pascua de Cristo como su pasión y la fiesta de Pascua de la Iglesia como conmemoración de aquella misma pasión. A este hecho está ligada la elección del 14 de Nisán, aniversario de la muerte de Cristo, como fecha de su Pascua.

Todo el misterio pascual agrupa una serie de acontecimientos que se suceden, siguiendo el hilo del amor. Cuando llegó su Hora (*Jn* 13,1) Jesucristo muere, es sepultado, resucita de entre los muertos y se sienta a la derecha del Padre de “una vez por todas” (*Rm* 6,10; *Hb* 7,27;9,12).

Ya hemos señalado anteriormente que los misterios de Cristo son también los nuestros. Nos revelan algo de Dios y nos transforman y santifican. Quien contempla y conmemora la encarnación y el nacimiento de Cristo, celebra también su propio nacimiento.

Ahora, considerando y reviviendo el misterio pascual, podremos “con-morir”, “con-vivir” con Cristo (cf *2Tm* 2,11; *Rm* 6,8), “com-padecer” (cf *Rm* 8,17; *1Co* 12,26), “estar con-crucificados” (cf *Rm* 6,6), “estar con-sepultados” (cf *Rm* 6,4; *Col* 2,12), “con-resucitar” (cf *Ef* 2,6; *Col* 2,18; 3,1), “estar con-glorificados” (cf *Rm* 8,17).

Por eso, la muerte de Jesucristo, su inmolación en la cruz es fuente de nuestra confianza. La eficacia de su sacrificio depende de nuestra participación en el mismo. Todo el misterio pascual se convierte en modelo y fuerza salvadora para todos.

Este misterio nos pertenece, porque lo vivimos en Él y Él en nosotros. Por ello, es necesario pasar de espectadores a co-protagonistas para participar del misterio, asociándonos al mismo. La poesía del Barroco, de la mano de Silesius,²⁰ nos previene:

La cruz del Gólgota no te librá del mal,
si no se eleva dentro de ti una vez más.

Sin duda, existe un doble aspecto en el misterio Pascual: por su muerte nos libera del pecado; por su Resurrección nos abre el acceso a una nueva vida, vida eterna.

¹⁹ Cf. Raniero Cantalamessa, *La Pascua de nuestra salvación*, San Pablo, Bogotá 2007, p. 104.

²⁰ Angelus Silesius, *Cherub. Wandersmann* I, 62; Cf. Hans Urs von Balthasar, *Sólo el amor es digno de fe*, Sígueme, Salamanca, 1999, p. 37.

La encarnación nos ha revelado el misterio insondable del amor de Dios. Por amor, abraza nuestra naturaleza y se hace uno de nosotros. Por amor, nos enseña a vivir, obrando el bien y predicando la Buena Noticia. Por amor, sufre, padece y muere. Pero todo esto sería insuficiente, vano y sinsentido, si Cristo no hubiera resucitado.

Un Dios simplemente encarnado, es un acontecimiento inusitado, pero si no vive y sufre y muere, ¿no quedaría abierta la espiral del pecado y de la muerte? Ante un Dios simplemente humanado, podríamos reprocharle haberse hecho como nosotros, pero no del todo. Podríamos encararle: Tú no sabes qué es el dolor ni la muerte... Tú no has tocado el pecado ni la enfermedad. Tú eres demasiado Dios... Sin embargo, Jesucristo asume nuestra naturaleza y todo lo nuestro le pertenece. Lo vive hasta el final y más que ningún otro ser humano.

Sí, Jesucristo fue crucificado durante la pascua, porque era el verdadero cordero pascual. Murió para adentrarnos en la Vida, así como se había encarnado para que “aquello que sólo podía ser visto con el corazón fuera también visto con los ojos, y de esa forma sanase los corazones... Éramos capaces de ver la carne, pero no lo éramos de ver la Palabra.”²¹

Su pasión y muerte expían los pecados del mundo, pero hay más. Él Hijo se ha hecho siervo; el pastor se convierte en cordero, para darnos la vida eterna.

Fue y es un hecho real en nuestra historia del todo singular. Todos los demás acontecimientos suceden una vez, y luego pasan y se diluyen en el pasado. Pero el misterio pascual de Cristo, por el contrario, no queda olvidado o anclado en el pasado.

Si toda la vida de Cristo constituyó una oblación al Padre, en la cruz se realiza la inmolación cruenta. Cristo va a la cruz para asumir la muerte como fruto del pecado y para hacer de ella, al contrario de de Adán, el acto supremo de obediencia al Padre y de reparación de nuestros pecados. Con este acto Cristo nos ganó definitivamente el amor del Padre.

Y el Padre responde al sacrificio de su Hijo, ¡resucitándolo! La resurrección es, por lo tanto, la aceptación y coronamiento del sacrificio. Por eso, la “la Pasión de Cristo, en efecto, por capital que sea en su

²¹ San Agustín, *Tratados sobre la Primera Carta de San Juan*, 1, 1.3: PL 35, 1980.

vida, por necesaria que sea para nuestra salvación y santificación, no remata el ciclo de sus misterios.”²²

En el misterio pascual Jesucristo se presenta como “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (*Jn* 1,29). Y borra nuestra culpa, porque al morir, su sangre nos limpia los pecados (1 *Jn* 1,7). Pero existe todavía una etapa más. El sacrificio quedaría incompleto, el círculo abierto, la inmolación sería imperfecta si Cristo no hubiera resucitado.

La glorificación de Cristo, su resurrección corona su muerte y su encarnación. La resurrección nos revela que el límite no es la muerte; que todo hombre y mujer estamos destinados a resucitar como Él y con Él a la vida eterna. Una verdad que san Ireneo ya desde el siglo II había intuido: la Resurrección de la carne es la finalidad de la Encarnación: “A fin de que el hombre no cesase de existir faltándole Dios enteramente... Porque la gloria de Dios es el hombre viviente: y la vida del hombre es la visión de Dios. Si la manifestación de Dios por la creación da vida en la tierra a todos los vivientes, mucho más la manifestación por el Verbo del Padre da vida a aquellos que contemplan a Dios.”²³

Por eso, Santa Catalina de Siena, contemplando estos misterios, sólo encuentra amor: “Por misericordia nos has lavado en la sangre, por misericordia quisiste conversar con las criaturas. ¡Oh loco de amor! ¡No te bastó encarnarte, sino que quisiste también morir! (...) ¡Oh misericordia! El corazón se me ahoga al pensar en ti, porque adondequiera que dirija mi pensamiento, no encuentro sino misericordia.”²⁴

Oh muerte, seré tu aguijón

La muerte de Cristo une en sí, en una especie de cortocircuito, los dos polos del misterio: es vista como “muerte de la muerte”, como una absorción de la muerte en victoria, según el dicho de san Pablo: “*Absorpta est mors in victoria*” (1Cor 15,54).

El aguijón de la muerte se rompió –apunta el Anónimo Cuartodecimano- y terminó por retorcerse contra ella y la muerte se mató a sí misma.²⁵ Cristo es nuestra victoria, porque venció a la muerte en nues-

²² Columba Marmión, *Jesucristo en sus misterios*, Difusión Chilena, Santiago de Chile 1943, p. 323.

²³ San Ireneo de Lyon, *Adversus Haëreses*, III, 20, 7.

²⁴ Santa Catalina de Siena, *Diálogo de la Divina Providencia*, 30, pp. 79-80.

²⁵ Anónimo Cuartodecimano, *In s. Pascha*, 57.

tra carne. Melitón de Sardes recoge esta visión y expresa el triunfo de Cristo, diciendo: “Cristo, con su Espíritu que no podía morir, mató a la muerte que mataba al hombre.”²⁶

Y esta victoria de Cristo sobre la muerte comienza en el trono de la cruz: “*regnavit a ligno Deus*”. Con atrevimiento, los cristianos desde el siglo II, interpretaron el Salmo 95,10 que decía “*regnavit Deus*”, (Dios reinó) añadiendo “*a ligno*” (desde la cruz).²⁷

De ahí la representación de la cruz enjoyada, de la cruz como trofeo (*tropaion*). La tradición iconográfica nos muestra a Cristo sobre la cruz al mismo tiempo: resucitado y muerto. Vivo, con el ojo abierto. Muerto, abierto y perforado su costado.²⁸ La apertura es signo de vida y de muerte.

Antonio Machado decía que el hombre es un animal que usa relojes. Ciertamente, somos los únicos seres que medimos el tiempo, porque percibimos que nuestra existencia muda y cambia.

El hombre no habría inventado el reloj si no viviera con la convicción de que el tiempo y la vida fluyen y se acaban. Así mide, organiza y jerarquiza su tiempo. Sabe que un día el “tic tac” comenzó y que también cesará. ¿Cuándo? No lo vemos, pero sabemos que llegará. Por eso, gracias a Jesucristo, sigue elevado el puente entre la muerte y la resurrección. Sólo Él nos libera de lo que Julien Green denominó “el mal de existir.”

La Rochefoucauld llegó a decir: “Ni el sol ni la muerte deben mirarse fijamente.” ¿Quizás por el temor quedarnos ciegos ante el sol y de enloquecer ante la muerte? Sin embargo, Jesucristo la encara, la asume y ennoblece. Cristo nos enseña a mirar fijamente al sol y a la muerte. Aunque la mente humana no alcance a comprenderlos en su extensión y profundidad, el evangelio traicionaría su misión si escondiera o endulzara estos misterios.

Precisamente cuando más sufrimos en nuestra vida, cuando más profunda es la herida de la cruz, nos hallamos más cerca de la muerte de Jesucristo. Y es ahí, cuando cosidos a su cruz, experimentamos que no estamos inventando nada nuevo, sino que nos vemos y nos descubrimos amados y compartiendo su mismo dolor.

²⁶ Melitón de Sardes, *Peri Pascha*, 66.

²⁷ Cf. San Justino, *Apol.* I, 41,4; Pseudo Bernabé, 8,5.

²⁸ Cf. Raniero Cantalamessa, *La Pascua de nuestra salvación*, San Pablo, Bogotá 2007, pp. 78-79.

Decía José María Javierre que “sobre la tierra no existe dolor desconocido. Van todos en la cruz a cuestras del Jesús de las callejitas antiguas de Jerusalén.”²⁹

¿Quién no se siente particularmente sensible y tocado por el misterio del Sábado Santo? Ese “ocultamiento” de Dios nos resulta cercano, muy nuestro, porque el Sábado santo es —en expresión de Benedicto XVI— la “tierra de nadie” entre la muerte y la resurrección. Pero en esta “tierra de nadie” ha entrado Uno, el Único, que la ha recorrido con los signos de su Pasión por el hombre... Jesucristo, permaneciendo en la muerte, cruzó la puerta de esta soledad última para guiarnos también a nosotros y atravesarla con él. Todos hemos experimentado alguna vez una sensación aterradora de abandono, y lo que más miedo nos da de la muerte es precisamente eso, como niños que tenemos miedo de estar solos en la oscuridad y sólo la presencia de una persona que nos ama nos puede tranquilizar. Esto es precisamente lo que sucedió en el Sábado Santo: en el reino de la muerte resonó la voz de Dios. Sucedió lo impensable: es decir, el Amor penetró “en los infiernos”; incluso en la oscuridad máxima de la soledad humana más absoluta podemos escuchar una voz que nos llama y encontrar una mano que nos saca afuera.³⁰

Nos llena de paz y de consuelo, sabernos conocidos, amados y esperados. Nos alienta y emociona la certeza de que todos los que nos han precedido, viven ya en el Señor, en su memoria, en su corazón.

Esta relación con Él es más profunda que el abismo de la muerte, porque “es un vínculo que nada ni nadie puede romper, como dice san Pablo: Nada podrá separarnos del amor de Dios, que está en Cristo Jesús, nuestro Señor (*Rm* 8,39). Sí, si recordamos al Señor, es porque Él, aún antes, se acuerda de nosotros... Nos recuerda con el amor de un Padre, de un Hermano, de una Amigo, también en el momento de la muerte. Aunque a veces pueda parecer que en ese momento Él está ausente, que se olvide de nosotros, en realidad nosotros estamos siempre presentes ante Él, estamos en su corazón. Allá donde podamos caer, caemos en sus manos. Precisamente allí, donde nadie puede acompañarnos, nos espera Dios: nuestra Vida.”³¹

²⁹ José María Javierre, *Busco a Jesús de Nazaret*, Sígueme, Salamanca, 2002, p. 254.

³⁰ Benedicto XVI, meditación ante la Sábana Santa, 2 de mayo de 2010.

³¹ Benedicto XVI, homilía del 2 de diciembre de 2010.

El Cordero, "inmolado y de pie"

La cruz no es la última palabra; ni la muerte nuestra derrota definitiva. El Cordero inmolado está vivo, de pie (*Ap* 5,6).

Jesucristo no yace en el sepulcro. ¿Qué ha ocurrido allí? ¿Ha resucitado! Y este acontecimiento sucedió en el silencio de Dios, de los hombres y del mismo demonio. San Ignacio de Antioquía, declaró tal ignorancia: “El príncipe de este mundo ignoró la virginidad de María y su parto, así como la muerte del Señor: tres misterios resonantes que se realizaron en el silencio de Dios.”³²

Parece una contradicción, pero quizás, sólo quien ha conocido o ha experimentado de cerca la muerte, logra comprender qué es el amor. El Cantar de los Cantares nos interpela con una expresión atrevida: “es fuerte el amor como la muerte” y “las aguas torrenciales no pueden anegar el amor” (*Ct* 8,6-7).

Fuerte como la muerte. ¿Dónde radica su poder? ¿Por qué es poderosa la muerte? Su fuerza reside precisamente en que nos separa y nos priva de todo. La muerte corta el hilo de la existencia que nos unía a tantas relaciones humanas y terrenas. Nos priva de la compañía, del cariño y afecto de nuestros seres queridos, familiares, amigos, conocidos. Nos separa de nuestro trabajo, de nuestro ambiente, sociedad, patria... Un corte radical con todos y con todo, tajante, sin marcha atrás.

Al autor del Cantar de los Cantares le parece la muerte poderosa como ninguna otra creatura. Por eso compara el amor con la misma muerte. Porque el amor debe ser mucho más fuerte, más noble, más sublime y poderoso. La muerte quita. El amor, por el contrario, da.

Diversos filólogos de nuestro tiempo sostienen la tesis de que el vocablo “amor” es compuesto y deriva de “a” (alfa privativa) y “mors” (muerte). Por lo tanto el significado de la palabra amor es: “sin muerte”, “inmortal”; algo que, en definitiva, no puede morir.

¿No es el amor el sueño y el anhelo más profundo que experimenta el corazón humano? Un amor inmortal, para siempre. Todos los poetas lo han cantando y deseado: “Amar es decirle al otro: No, tú no morirás jamás.”³³

³² San Ignacio de Antioquía, *Carta a los Efesios* 19, 1.

³³ «*Aimer un être, c'est lui dire: "Toi, tu ne mourras pas."*» Gabriel Marcel, *Le Mort de Demain*, 2, 6, en su *Trois Pièces*, Paris 1931.

En efecto, si la muerte de Cristo fue un acto de amor, cuánto más este “estallido de luz y explosión del amor,”³⁴ que inaugura una nueva dimensión del ser, de la vida, y de la que surge un mundo nuevo.

El encuentro personal y consciente con Cristo resucitado es nuestro mejor remedio para todos los males que nos aquejan. El mismo pasado con sus luces y sombras, nuestra propia historia personal ya quedó muerta y sepultada con Él. Todo ha sido crucificado y perdonado en la muerte de Cristo: angustias, complejos, dolores... Entonces renace la esperanza y la alegría. Pero la resurrección de Cristo, además de purificar nuestra conciencia con su luz radiante, hacer surgir un germen de vida nueva. Entonces somos transformados y vemos con ojos esperanzados nuestro futuro.

La resurrección de Jesucristo es un acontecimiento de amor insuperable. Es la suprema victoria del Amor sobre el pecado y la muerte. “He resucitado y estoy aún y siempre contigo” (*Ps* 138, 18). Amor eterno y para siempre. “Amor del Padre que entrega al Hijo para la salvación del mundo; amor del Hijo que se abandona en la voluntad del Padre por todos nosotros; amor del Espíritu que resucita a Jesús de entre los muertos con su cuerpo transfigurado. Y todavía más: amor del Padre que «vuelve a abrazar» al Hijo envolviéndolo en su gloria; amor del Hijo que con la fuerza del Espíritu vuelve al Padre revestido de nuestra humanidad transfigurada.”³⁵

De esta manera, nuestra resurrección es posible sólo porque Jesucristo asumió nuestra carne, porque Él resucitó primero. En esta certeza descansa nuestra esperanza. Por eso a san Ireneo la doctrina gnóstica le pareció la más aberrante de las blasfemias, ya que despreciaban la carne, considerándola materia vil y corrompida, imposible de salvación.³⁶ Es arriesgado intentar comprender con nuestra mente humana el misterio de la resurrección, porque excede nuestras capacidades. Tampoco nosotros podemos aventurarnos a aplicar los esquemas propios del espacio y del tiempo histórico. Es verdad que en nuestra vida los acontecimientos suceden uno detrás de otro, hilados por una cadena lineal y sucesiva, de modo ordenado. Uno sigue a otro y a otro, como puntos de una circunferencia. Con nosotros viaja el tiempo. Pero este círculo, desde antes de la creación del mundo, tiene un centro, que sostiene todos los puntos y los atrae hacia sí: Jesucristo.

³⁴ Benedicto XVI, Sábado Santo, 15 de abril de 2006.

³⁵ Benedicto XVI, *Urbi et Orbi*, Pascua de 2008.

³⁶ San Ireneo de Lyon, *Adversus Haëreses*, V, 7,1; V, 13,4; V, 6,2.

Por eso resulta tan difícil aplicar imágenes o expresiones a la dimensión de la otra orilla. La eternidad rebasa el horizonte y las categorías de nuestra corta mente humana. “Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni mente humana puede alcanzar lo que Dios preparó para los que aman” (1 Co 2, 9).

La resurrección de Cristo nos introduce en esta nueva dimensión; nos acerca a Él, nuestra Cabeza, el eje y punto central de toda la historia. Si aquí somos tierra, tiempo. Con Él, seremos -¡somos!- eternidad. Y esta experiencia de resurrección, que nos verá inmersos en la eternidad de Dios, san Pablo, San Ireneo y toda la tradición posterior, la compendiaron con la significativa palabra griega: *anakefaláiosis*: recapitulación. Este concepto significa: retomar, dirigir, volver a poner la Cabeza, que es Cristo. Con expresiones más nuestras podríamos decir: encajar todas las piezas en Cristo; que todo recobre sentido en Él.

Con su resurrección todo alza vuelo y cobra sentido. Entonces vale la pena nacer, sufrir, incluso morir. Por su resurrección ya estamos salvados. Ya que –como enseña san Pablo- a los que había escogido, los predestinó a ser imagen de su Hijo (*Rm* 8,29). Con fuego y vehemencia lo predicaba san Agustín: ¿Predestinados? ¡Sí!, pero sólo estamos predestinados para el bien y nunca para mal.³⁷

Así es. Con la resurrección de Cristo ha quedado superada ya para siempre la distancia infinita entre Dios y el hombre. En la encarnación Dios se había inclinado hacia nosotros. El niño que nació en Belén se hizo uno de nosotros. Dios es verdaderamente un Emmanuel, el Dios-con-nosotros, muy cercano. Ahora, con su resurrección, nos eleva por encima de todo. Ya podemos confiar y dormir el sueño de la muerte, porque “al despertar, nos saciaremos de tu semblante” (Cf *Salmo* 19). Quizás la mejor forma de “comprender” estos misterios de vida y de comunión con Dios, sea llegar hasta el fondo de nuestra alma. Y allí, agradecer, contemplar, amar...

San Buenaventura en su obra *Itinerario hacia Dios*, recomendaba: “Si ahora anhelas saber cómo sucede esto, pregunta a la gracia, no a la doctrina; al deseo, no al intelecto; al clamor de la oración, no al estudio de la letra; al esposo, no al maestro; a Dios, no al hombre; a la neblina,

³⁷ Este argumento de la predestinación lo sintió muy profundamente. En las siguientes obras que elencamos san Agustín pone de relieve la gratuidad de la salvación. Tanto el comienzo de la fe como la perseverancia final son dones de Dios. Cf. *De natura et gratia* (414-415); *De gratia Christi et de peccato originali* (418); *De nuptiis et concupiscentia* (419); *Contra Iulianum* (421); *De gratia et de libero arbitrio* (426-27); *De correptione et gratia* (427); *De praedestinatione sanctorum* (428-29); *De dono perseverantiae* (428-29)

no a la claridad; no a la luz, sino al fuego que todo lo inflama y transporta en Dios con las fuertes unciones y los afectos vehementes... Entretenidos, por tanto, en la neblina, acallemos los afanes, las pasiones y los fantasmas; pasemos *con Cristo crucificado de este mundo al Padre*, para decir con Felipe después de haberlo visto: *esto me basta*".³⁸

Con la resurrección de Cristo, el cielo sigue abierto. El hombre se ha convertido en uno con Dios. Ahora, la verdadera Jerusalén es el Cuerpo de Cristo. El cordero inmolidado sigue vivo. La Eucaristía es la paz de Dios con el hombre. Dios ha puesto su tienda entre nosotros (*Jn 1, 14*). En la Eucaristía –recuerda Benedicto XVI– está la verdadera Jerusalén, al mismo tiempo celestial y terrestre: la tienda que es el Cuerpo de Dios, que como Cuerpo resucitado sigue siendo siempre Cuerpo y abraza la humanidad; y, al mismo tiempo, al ser Cuerpo resucitado, nos une a Dios. Todo esto se realiza siempre de nuevo en la Eucaristía.³⁹

Eucaristía, Cuerpo resucitado. Un Cuerpo con el que abraza a toda la humanidad. Y, ¿De qué manera podía manifestar mejor su bondad –se preguntaba san Bernardo– que asumiendo mi carne? La mía, no la de Adán; es decir, no la que Adán tuvo antes del pecado... Grandes y manifiestos son, sin duda, la bondad y el amor de Dios, y gran indicio de bondad reveló quien se preocupó de añadir a la humanidad el nombre de Dios.⁴⁰ Cuerpo resucitado: Cada vez que comulgamos recibimos no un pan, ni una víctima muerta o un cadáver, sino su Cuerpo resucitado.

Summary: *In his humanity, Jesus Christ lived according to the Jewish traditions of his time. However, apparently, he celebrated the Passover without a lamb and apart from the temple. In reality, he was himself the true Lamb and the Temple. He sacrificed his own life during the Passover as a perfectly efficacious offering, whereby he robbed death of its sting. He is the Lamb slain, yet still living, whose resurrected Body nourishes the Church in the Eucharistic feast.*

Key Words: Paschal Lamb, Temple, Hallel, Easter, Recapitulation, Eucharistic Sacrament, Resurrection.

Parole chiave: Agnello Pasquale, tempio, Hallel, Pasqua, ricapitolazione, Eucaristia, risurrezione.

³⁸ San Buenaventura, *Itinerarium mentis in Deum*, VII, 6. Cf. Benedicto XVI, audiencia, 17 de marzo 2010.

³⁹ Benedicto XVI, *Lectio Divina*, 18 de febrero de 2010.

⁴⁰ San Bernardo, *Sermón 1 en la Epifanía del Señor*, 2 : PL 133, 143.